

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 225. — La reorganización del ejército (continuación), por B.; pág. 227. — Recuerdos, por don Eduardo Oliver Copóns, comandante de Artillería; pág. 231. — Detalles de organización militar, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros; pág. 238.

Piegos 63 y 64 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 19 y 20. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRONICA GENERAL

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO. — MEJORA QUE SE REALIZARÁ CUALQUIER DÍA.
— SOLDADOS DE PAPEL. — LO QUE SERÍA EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO. —
LA GUERRA DE NUESTROS TIEMPOS. — FERROCARRILES DE SITIO. — DIFERENCIA
ENTRE EL HABER VISTO Y EL TENER QUE VER.

Para convencerse de cuán lenta y fatigosa es la marcha del carro en que marcha el progreso militar de nuestro país, basta fijarse, no en vagas generalidades, sino en cualquier hecho concreto y determinado; por ejemplo, el servicio militar obligatorio. Después del famoso conato de abolición de quintas, se enteraron nuestros políticos de que en Francia existía el servicio militar obligatorio, y como aquí pensamos casi siempre por traducción directa del francés, hubo de caerse en la cuenta de que el servicio militar obligatorio era compatible con la libertad, la igualdad y la fraternidad. Como al propio tiempo, los militares han demandado siempre esta reforma, por estimarla base esencial de un ejército verdadero de la nación, resultó el milagro más grande que en España han visto los nacidos; y fué, que todos los políticos, todos los partidos, las escuelas todas convinieran unánimemente en que el servicio militar, general, universal, obligatorio, era la perfección de las perfecciones, y que no había ya que hablar más del asunto, sino implantar desde luego la anhelada mejora en el cumplimiento del precepto constitucional.

Mas, he aquí que en esto, como en otras muchas cosas, puede decirse: *todos somos muy honrados; pero la capa no parece*. Todos queremos el servicio general obligatorio, y hasta nos permitimos el lujo de redactar proyectos de ley, y de afirmar que mañana ó pasado tendremos para cada español un fusil, pero sin que estos proyectos salgan del estado de tales, ni esas afirmaciones se consoliden tomando la forma de realidad.

¿Será todo ello una larga, y no del todo mal combinada comedia para entretener al público de las galerías? Algún malicioso podrá creer esto, no nosotros, que no nos atreveríamos á dudar, aunque nos lo jurasen dueñas, que no es la verdad misma todo lo que se dice en los parlamentos. Así, creyéndolo verdad, esperamos que, efectivamente, mañana, ó cualquier día, tendremos servicio general obligatorio; y en espera de este suceso, no dudamos que las costumbres se irán reformando como es debido para que esta transcendental reforma no esté re-

ñida con ellos... Porque, imaginar que, con los hábitos actuales, habrá servicio militar obligatorio, *de verdad*, para todos, no podemos nosotros, ni opinamos que nadie sea capaz de imaginarlo.

En efecto, en la actualidad, algún que otro joven que tiene, ya que no buen dinero, inmejorables padrinos, ingresa en el ejército con el fin decidido de prestar á la patria el servicio que las leyes determinan. Pocos días lleva repitiendo, hasta desgañitarse, los cuatro primeros números, cuando á un pariente del joven milite le sale, allá en el pueblo, un divieso, ó se muere el pariente, y hay que repartir la herencia sin demora. El cacique envía un B. L. M. al diputado; el diputado besa igualmente las manos á tal autoridad militar; las besa ésta, á su vez, al jefe del Regimiento, y de todos estos besos sale... la salida del joven, que ya no vuelve á presentarse en las filas, si no es para repetirse la historia primera, hasta aburrir á todos con sus peticiones.

Aun hay más. No faltan aspirantes á la noble y estrecha carrera de las armas que, sobrados de edad para ingresar como paisanos en las academias militares, aprenden perfectamente las ventajas que las leyes conceden á las clases de tropa para entrar en ellas; y, con este conocimiento, sientan plaza, se van á hacer sus estudios preparatorios, y, si llegan á ingresar en una academia, no pueden menos de llevar á ella el convencimiento de que la ley militar no es tan estrecha como se dice. Al llegar á ser oficiales, han de mandar á soldados cuales ellos fueron; pero de los que han adquirido un falso conocimiento, juzgando equivocadamente, por su propia historia, la de los que real y verdaderamente prestan servicios efectivos á la patria y al ejército.

¿Que son pocos los que tal hacen? Pues, cuando nos asombramos leyendo en los periódicos que tal *personaje* figura como barrendero municipal ¿nos asusta el número de los que este abuso cometen, ó nos repugna el hecho en sí? Nosotros creemos que la irregularidad lo es independientemente del número, y, si el servicio fuere general y obligatorio, ¿opina alguien que con las reformas se acabaría la era de las recomendaciones?

* * *

A pesar de la importancia grande que han adquirido, en los últimos cinco años, las operaciones campales en las guerras, casi puede afirmarse que el desenlace de una campaña se ha hallado, y quizá seguirá encontrándose en lo sucesivo, en la toma de una plaza fuerte, ya con las condiciones de tal, ya improvisada con los propios elementos de las tropas de campaña. Generalmente, un ejército que decae no tiene bastante vitalidad para ir al encuentro del enemigo, ni aun quizá para dispersarse y buscar así la salvación individual ó de los pequeños grupos, ya que no puede conseguir la del ejército entero. Por este motivo, se encierra, busca calor en plazas fuertes, en posiciones mejor ó peor arregladas, calor en sí mismo, *amontonándose*, agrupándose en el lugar en que abre su sepultura. Si este lugar es una plaza de guerra de primer orden, perfectamente artillada y abastecida, no es tarea fácil la de acabar con las energías resistentes en ella almacenadas; y como, en la guerra moderna, lo esencial es ganar tiempo, debe el ejército vencedor apresurarse á destruir dichas energías, pues, por una ley moral indiscutible, mientras hay en un teatro de operaciones quien da pruebas de valor heroico, de grandes virtudes ó talentos militares, hállese expuesto

el que hace el papel de vencedor en tener que adoptar el de vencido con pasmosa sencillez. La historia militar de nuestros tiempos no hubiera tenido que forzar mucho el lógico encadenamiento de los sucesos, para contarnos, en lugar de la rendición de Santiago de Cuba, el copo de los americanos desembarcados en aquel litoral...

Pues bien, si la solución de una campaña está contenida en la conquista de una posición fuerte, precisa, como hemos dicho, apresurar el golpe de gracia contra de ello. Labor no sencilla, porque el pesado material de artillería necesario, las municiones y los víveres son bastantes para complicarla extraordinariamente. Tales circunstancias, que puso bien de manifiesto el sitio de París, de 1870-71, no han pasado inadvertidas por las potencias militares, y así se comprende que á resolver este problema del sitio intensivo de una plaza fuerte hayan dirigido sus esfuerzos en estos últimos años. Uno de los puntos más esenciales, que puede ya considerarse resuelto, es de los llamados ferrocarriles de sitio. Enlazar, con material ferroviario adecuado, la red general del país con el parque de artillería y á este parque con las baterías de sitio es el ideal que debe conseguirse. Las maniobras de sitio realizadas en estos últimos años, los ensayos verificados por las tropas de ferrocarriles y los estudios particulares llevados á cabo por distinguidos oficiales de ingenieros de todos los países, son demostración palpable de que en este asunto se ha llegado al término apetecido. Imposible es que aquí detallemos lo que á tales ferrocarriles de sitio se refiere. Basta, como siempre, llamar la atención sobre el modo como se entiende la guerra en el extranjero, que no es seguramente el de dejarlo todo al famosos *ya veremos*, sino fundarlo en el más esencial *ya hemos visto*.

1.º de agosto de 1899.

NIEMAND

LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

(Continuación.)

Pero, aun cuando se creen destinos y servicios, el problema no se resuelve; transcurren años y el ascenso no llega, la impaciencia cunde, el malestar se hace patente y para resolver el problema ha de venir un *salto de tapón*, en virtud del cual ascienden de golpe y porrazo considerable número de jefes y oficiales, sin que, en rigor, se adelante gran cosa, porque, como los ascendidos lo son sin vacantes, no hay donde meterlos, han de acogerse al reemplazo y el tapón sigue, porque en realidad no ha saltado: no ha hecho más que cambiar de sitio.

Al escaso personal que resulta de los numerosos ascensos concedidos durante las campañas, hay que agregar el que proviene de multitud de individuos que, siendo paisanos cuando la guerra empezó, se cuelan luego en el ejército por la puerta que se abre á los guerrilleros, cuerpos francos, voluntarios, movilizados, etc., etc. Las guerras civiles es de rigor que terminen con un convenio y su correspondiente reconocimiento de grados y empleos, y si esto se hace con los del partido rebelde, no hay medio de negarlo á los auxiliares del gobierno legal.

No negaremos que algunos de los que formen parte de estos cuerpos puedan ser acreedores á tales beneficios, y, si lo són, justo es concedérselos; pero esto ha de ser siempre una gracia especial, no una medida general que abra á todos las puertas de la milicia; porque realmente es deplorable que el ejército se convierta en *refugium peccatorum*.

A trueque de tantos inconvenientes producidos por la prodigalidad de recompensas otorgadas, sólo se obtiene la ventaja de que lleguen rápidamente á las elevadas jerarquías algunos favorecidos, muchos de ellos sobradamente jóvenes para el empleo que han de desempeñar, y cuya edad relativamente escasa complica aún más el difícil problema de dar movimiento regular á las escalas. Los partidarios del sistema alegan que así se abre paso al genio, y que es justo que los que reúnan condiciones excepcionales lleguen pronto á la cabeza. No lo negamos, pero sí objetaremos que los que tales condiciones reúnen son en número escaso, y escasas las ocasiones en que cabe patentizarlas; si fueran, pues, contadísimos los agraciados con numerosos y rápidos ascensos, nada tendríamos que decir; pero, siendo muchos, hay que convenir en que ó nuestro ejército es un plantel de *Napoleones* y *Moltkes*, ó se abusa de las recompensas.

Y aquí no podemos menos de llamar la atención acerca de una anomalía que ha tiempo se viene observando en el ejército, cual es la tendencia á la uniformidad, y á una igualdad mal entendida. Se combate todo aquello que parece privilegio y que muchas veces, si lo es, en vez de quitarlo á los que lo gozan, podría extenderse á quienes no lo tienen; hay empeño en destruir tradiciones y costumbres fuertemente arraigadas; no se quieren *castas* basadas en el nacimiento, ni en el saber, ni en el mérito, de cualquier clase que sea, pero en cambio se admite una *casta* cuya única superioridad está fundada en el peor de los privilegios: el de la influencia. Sin duda, el que carece de méritos reales comprende que nunca podrá adquirirlos; pero el desheredado de hoy puede ser el favorecido de mañana, y cabe la esperanza de que los tiempos cambien. Se murmura de los que explotan las influencias; pero los murmuradores sólo esperan la ocasión propicia para proceder de igual manera. De este modo, en campaña, y al arrimo de los Cuarteles generales, se logran ascensos; en paz, no faltan nunca á los favorecidos pretextos para obtener una cruz pensionada, gracias á *brillantes informes* en que consta que durante muchos meses han asistido puntualmente á una oficina, llevando á cabo *improbos* trabajos. Generalmente la aspiración de todos los privilegiados *es meter la cabeza* en Madrid, sobre todo en alguno de los centros burocráticos, juntas ó comisiones que allí existen, ó se crean, aun cuando no hagan falta. De este modo se logra cultivar las *buenas relaciones*, gracias á las cuales hay siempre en aquellos centros personal numeroso, que no siempre reúne aptitudes para el destino que debe desempeñar, y que, una vez obtenido, permite sentar plaza en el *figo de Madrid*, en donde algunos hacen cómodamente su carrera desde tenientes á generales. Si al ascender no hay en la corte destino de plantilla, no falta nunca un puesto en una comisión de reforma de táctica, ó de defensas, ó de reforma de botones, en donde se espera, sin salir de Madrid, colocación definitiva. Hay que advertir, además, que á estos individuos que hacen toda ó gran parte de su carrera alejados de la tropa, y sin haber visto los soldados más que cuando los encuentran por la calle, se les encomienda con frecuencia la redacción de reglamentos y disposiciones concernientes á servicios importantes que desconocen por completo.

Es de sentir que la cruzada emprendida contra privilegios muchas veces aparentes, y que en rigor podrían extenderse á quienes los desean y no los gozan, no haya tenido por blanco la *casta* de los que no poseen más mérito que el de contar con influencias poderosas. Con ello creemos que se prestarían al ejército positivos beneficios, y se contribuiría muy mucho á su reorganización.

«No podía, sin embargo, conseguirse esto (levantar el prestigio del ejército), dice el general Córdova en sus *Memorias íntimas*, con sólo reformas escritas; era también preciso desterrar el favoritismo que ha producido siempre en las filas grandes estragos, y que de seguir imperando, vendría á hacer ineficaces cuantos esfuerzos se realizaran para mejorar la suerte de todos y para levantar el espíritu de la oficialidad. Me encontré, pues, sumamente embarazado desde los primeros días de nuestra subida al poder, ante un inmenso cúmulo de recomendaciones y de exigencias formuladas por los personajes de más alta representación en el país, los cuales no sólo pedían variaciones constantes de destinos para la mejor colocación de sus apadrinados, sino también grados, cruces, y hasta empleos redondos, sin alegar siquiera los motivos ó servicios en que los protegidos pudieran fundar sus pretensiones. ¿Cómo complacer á los hombres políticos y á otras altas personalidades, sin disgustar hondamente á la masa del ejército que veía siempre ascender, desde los últimos puestos de las escalas, á los favorecidos por la protección de algún influyente personaje?»

Hoy día la lucha no es sólo por el empleo ó la cruz, es muchas veces por el destino, sobre todo si la vacante que hay que cubrir ocurre en Madrid ú ofrece condiciones relativamente ventajosas. ¿No sería posible substituir en estos casos la influencia por derechos buscados en la antigüedad y en la aptitud *verdadera* de los pretendientes? Más claro, ¿no podría aplicarse la selección? Con ello ganaría el ejército, ganarían los servicios y creemos que ganarían también los ministros, ó los encargados de dar los destinos, porque se verían libres del enjambre de pretendientes que les acosan.

VIII

Aparte las causas que, dentro del mismo ejército, contribuyen al decaimiento del prestigio y espíritu militar, hay que fijarse en otras que existen fuera de él, y concurren al mismo fin. El ejército y la marina exigen á la naciones grandes sacrificios en hombres y dinero, y para que éstos se soporten precisa que se hallen en relación con la utilidad que reporte la existencia de las instituciones militares.

Todo país, como todo individuo, ha de tener forzosamente un ideal al que debe sujetar su política, y España, desgraciadamente no tiene ninguno. En el presente siglo, si se exceptúa la guerra de la Independencia, sólo nos han preocupado las luchas interiores, gracias á las cuales hemos descuidado la política exterior y alcanzado en el extranjero una reputación deplorable; por esto no es de extrañar que nuestros desastres sólo inspiren compasión ó desdén y que ningún Estado nos prestara apoyo, siquiera moral. La pérdida de las colonias no ha bastado para vencer la apatía y seguimos como antes, sin ideal alguno. Todavía hay ilusos que creen que España es el país de don Quijote, cuando en realidad sólo quedan los descendientes de Sancho Panza, pero sin el buen sentido de éste. El

ideal político, es decir las aspiraciones que cada nación persigue y que sólo apoyada en la fuerza puede realizar, sirve de base para la organización del ejército y la marina, cuya calidad y cantidad han de estar en armonía con el fin que se desea conseguir.

Es indudable que lo que ha salvado á Francia después de los desastres de 1870, ha sido la vanidad nacional; no dolió solamente á los franceses la desmembración del territorio; dolióles también la serie de reveses sufridos y la pérdida de la supremacía militar. Con la idea del desquite, Francia fijó la vista en el ejército, cuya reorganización no ha descuidado en este último cuarto de siglo. Es difícil saber si, en realidad, el espíritu militar del ejército francés se halla al nivel de su estado material y de sus efectivos; sólo una guerra podrá demostrarlo: pero sí merece consignarse el cuidado que han puesto nuestros vecinos en separar el ejército de la política. En Francia, todavía siguen la carrera de las armas individuos de familias distinguidas, la clase media no la rehuye, y la profesión militar tiene mayor prestigio que en nuestro país. Esto se debe á que Francia quiere ocupar uno de los primeros puestos entre las naciones europeas y sostener el rango que en otros tiempos adquirió, para lo cual necesita un ejército fuerte y disciplinado.

En España, las clases directoras no sólo alejan á sus hijos de la carrera de las armas, sino que miran con la mayor indiferencia cuanto atañe á los asuntos militares. Así se explica que vieran sin la menor preocupación embarcar para las colonias miles de soldados, sin tomarse la molestia de estudiar las condiciones en que se efectuaban los envíos, ni si con ellos era posible concluir rápidamente la guerra, sin lo cual habían de resultar estériles los sacrificios impuestos al pueblo, porque no hay nación alguna capaz de sostener por mucho tiempo en las colonias ejércitos muy numerosos. Pero como el sentimiento hoy dominante es el egoísmo, á pesar de la multitud de víctimas producidas por las campañas coloniales, no se dieron cuenta de que el estado de guerra existía hasta que bajó la Bolsa y se formó cola á la puerta del Banco.

La indiferencia con que las llamadas *clases directoras* miran la política exterior y el desconocimiento de la marcha que siguen los países extranjeros prueban cuán escasa es nuestra cultura: no negaremos que haya entre nosotros médicos, abogados, ingenieros, arquitectos,... competentísimos en sus respectivas profesiones; pero la masa general de las clases ilustradas, ó que pasan por tales, apenas si tiene ideas de los motivos que impulsan la política de las demás naciones y de los intereses comunes ó encontrados de cada una con relación á las demás. Sin esto, no es posible que existan aspiraciones nacionales, y, por lo tanto, el problema militar carece por completo de interés. Cuando á un sastré se le encarga un traje, hay que darle las medidas, y aquí las medidas son las aspiraciones de la nación; á ellas hay que sujetar la organización militar.

Aquí en realidad sólo ha habido para el ejército dos criterios, completamente opuestos, pero ambos censurables. Unas veces se le ha halagado en beneficio de tal ó cual partido, convirtiendo un elemento destinado á mantener el orden en elemento perturbador; otras veces se le ha combatido con saña, sin atender á que, al fin y al cabo, sus defectos son hijos de las condiciones de nuestra raza, y que contiene en su seno muchos elementos aún sanos y deseosos de regeneración

Hay, por otra parte, en nuestro país, y en estos tiempos, dos causas contrarias á que se desarrolle un ambiente favorable al prestigio militar. Una es el falso espíritu de igualdad que nos domina, y como es más fácil permanecer á un nivel bajo que alcanzar otro elevado, se nivela por depresión. Hay en la sociedad actual alarde de descenso moral desfavorable á todo aquello que signifique autoridad, superioridad, ó privilegio; sólo se admite lo mediano ó lo vulgar.—B.

(Se continuará.)

RECUERDOS

Yo digo adiós á la gloria,
á España que se derrumba,
adiós á todo.
Pueblo que llenó la historia,
está mejor en la tumba
que en el lodo.

BARRANTES.

No hace mucho que se ha cumplido un año de aquel día por siempre memorable y sangriento, en el cual se hundió nuestra escuadra en Santiago de Cuba, y tan luctuosa fecha ha coincidido con la llegada á la Península de los últimos restos del ejército de Filipinas, terminando así el lúgubre *exodo* de repatriados á través de ambos mares, cuyas aguas han quedado consagradas con infinitos despojos de españoles que parecen jalones puestos, nó para reivindicaciones futuras, que Dios aparte siempre del pensamiento de los que nos sucedan, sino para que á todo el que los surge, si es cubano ó filipino, sienta clavársele la garra del remordimiento, y si no lo es consagre un recuerdo al heroísmo del soldado español y á los sacrificios hechos en favor de aquellas razas desagradecidas, que al fin, en los estertores de su personalidad, que irá desapareciendo absorbida por otra tan..... diversa en costumbres é ideales respecto de la suya, volverá los ojos velados por el dolor á la madre que les dió el ser trayéndolas á la civilización y al cristianismo.

Sin querer se renueva nuestra amargura, y mana aún sangre la herida; no hay consideración que baste á llevar á la mente la filosofía del hecho consumado, y por el contrario, á los labios llegan duras imprecaciones contra los causantes de tamaños infortunios.

Ha terminado nuestro inmenso poderío colonial; la historia de nuestras hazañas queda interrumpida, oscurecidas las pasadas glorias, y rotos todos los lazos con las que fueron posesiones españolas, perdidas, más que por el deseo y esfuerzo de sus naturales por nuestros propios desaciertos, por los torpes manejos de una secta que será la ruina de España si no abren los ojos los hombres de buena voluntad, y por la perfidia de los yanquies.

Al venirse el último soldado, quedan abandonados en poder de los tagalos infinitos compatriotas, sufriendo en tierra que ya no es española toda clase de torturas. Malogrados cuantos medios se pusieron en práctica para salvarlos, hemos de asistir cruzados de brazos, con el pecho rebosando ira y el labio maldiciones, al martirio de 8.000 españoles, aherrojados en bárbara cautividad,

por los que nada hacen los americanos, faltando á lo que se acordó en el *inténuo* tratado de París, con respecto á los prisioneros.

Mucho nos deben..... pero *casi* nos sentiríamos inclinados al olvido, si despertando al fin su atrofiada caballería tratasen de arrancar su presa á los tagalos.

Cuanto nos hemos de arrepentir de haber tributado desmedidos elogios y homenajes de admiración á aquel pueblo tan *avanzado* que desde el fondo de nuestro criticado atraso, nos fingía la fantasía como el prototipo de la grandeza y baluarte firmísimo del más escrupuloso respeto á la ley, y á los derechos universales.

Rudo golpe y desautorización completa han sufrido las teorías de nuestros republicanos, que cuando se trataba de los gastos de guerra los pintaban como una carga del país, necesaria únicamente para la defensa de la monarquía, y nos querían imponer como modelo aquella república en que casi no existía ejército por no haber *ambiciones exteriores* ni necesidad de *defensa interior*, pues todos *reventaban* de felicidad paradisiaca.

Pretendían vincular en las ideas republicanas un germen de rectitud y bondad que no tienen, pues bien palpable se ha visto que en el Norte América, donde aquellas imperan, ha cometido el gobierno, sin protesta de la opinión, los mayores atropellos, y seguramente no hubieran hecho más, ni quizás tanto, los grandes tiranos cuyos nombres conserva la historia con el estigma horrible del despotismo.

Lo que más colma la medida del sufrimiento y hace saltar de indignación, es que hayan puesto cuantas trabas han podido para impedir á España el rescate y liberación de sus hijos, y después de tantos meses no procuren que cese el vergonzoso espectáculo, afrenta y escarnio de este siglo civilizado, y de una raza que con la palabra *humanidad* en los labios, falta a toda clase de consideraciones, embriagada por su fácil victoria á la que contribuyeron multitud de causas que Dios quiera salgan algún día á luz como homenaje póstumo á tantas víctimas y en desagravio á la abnegación sublime del ejército y la marina, si es que hay valor para escribir la historia razonada é imparcial de esta triste guerra, á la cual fuimos con la serena tranquilidad del deber cumplido, por no haber quedado otro camino honroso.

Durante la lucha el afán de los americanos era destruirnos y es disculpable ya que no justo, apelasen á cualquier clase de armas; pero hoy dueños de lo que torpemente ambicionaban, la satisfacción y la gloria, si la hay en el modo como nos han vencido, debía hacerles generosos y traer á su mente algunas ideas elevadas, forzándoles á cumplir con esas leyes que, por no estar escritas en parte alguna ni tener sanción penal, obligan sólo moralmente en las relaciones internacionales, con tanta más fuerza cuanto mayor es la nobleza del corazón y hay más sana gallardía en los sentimientos.

Por el respeto que inspira siempre el valor heroico y los reveses noblemente soportados, otro debiera ser el comportamiento de los yankees respecto á los soldados prisioneros de Aguinaldo.

Han sido vencidos; pero antes ¡cuántos sufrimientos se amontonaron sobre ellos, cuántos esfuerzos no hicieron para alejar la desgracia que parecía pesar sobre nuestra infortunada patria! Enfermos, abrasados por la fiebre, extenuados por la anemia, se negaban á retirarse de las trincheras y en sus apagados ojos

sólo brillaba un relámpago cuando veían aparecer al enemigo. Al caer heridos sus compañeros, cargaban con ellos para retirarlos del sitio de la acción, volviendo en seguida á empuñar el fusil, y á pelear con igual ardor, sin fatiga ni cansancio, escasos sí de elementos, pero sobrados de amor á la patria y de abnegación. No poca se necesita para sostener la lucha en las condiciones que á los nuestros han rodeado en aquellos climas enervantes, operando en terrenos pantanosos, donde les acechaba traidora enfermedad; en bosques penetrables sólo á corte de machete; vadeando ríos, gérmen de debilitante paludismo; haciendo marchas bajo un sol abrasador, sin agua, sin víveres, alejados de los centros de población, permaneciendo día y noche á la intemperie, vigilantes y recelosos por tener en frente *varias clases* de enemigos.... ¿Quién es capaz de hacer más?

No es apasionado canto para buscar consuelo, ni atenuar desastres, es que sea cualquiera el resultado, ha existido gran heroísmo por parte de los nuestros; y así lo reconocen quienes no están cegados por la pasión.

Pero aunque los americanos no lo reconozcan, sólo por consideración humanitaria debían dirigir sus esfuerzos á que en territorios que ya poseen, *sea como fuere*, no sufrieran los españoles tan incalificables vejaciones, tanto más habiéndose *hartado* de decir que se *mouvan sólo* para libertar á cubanos y tagalos y para que cesase el ominoso y tiránico gobierno que los esclavizaba.

Que es desoladora la situación de los nuestros lo prueban las pocas cartas que llegan de aquellos desgraciados y lo afirman los periódicos de toda Europa.

Hace ya meses produjo honda sensación en Inglaterra, con ser ésta la amiga *fiel é interesada* de los yankees, lo manifestado por el corresponsal en Manila del periódico londinense *The Star*. Como nada se ha dicho tan fuerte y gráfico, y á pesar del mucho tiempo transcurrido, no ha mejorado la situación de los nuestros, voy á copiarlo, pues tiene aún triste actualidad: Decía así. «El estado de los prisioneros españoles que se hallan en poder de los tagalos es verdaderamente terrible. Acabo de recorrer Luzón y dudo de que sea cierto lo que han visto mis ojos. Increíble parece que la barbaridad humana pueda soñar las monstruosidades que los indígenas cometen con los españoles. Los salvajes del centro de Africa no son tan crueles con sus enemigos... horrorizado, al llegar á Manila he visitado al general yankee Ottis, con objeto de pedirle piedad. Le narré lo que he visto y Ottis con la mayor frialdad contestóme: «*Todo cuanto usted me dice lo sé y lo deploro, pero nada puedo hacer. Telegrafio á Washington dando cuenta de las barbaridades tagalas y mi gobierno me ordena que no me mezcle en tales asuntos.*»

«Esta impasibilidad del gobierno norteamericano,—sigue diciendo el corresponsal de *The Star*—no tiene nombre, y es cien veces más abominable que la conducta de los indígenas.»

«Para que no se crea que exajero, relataré sólo algo de lo que he presenciado. He visto oficiales del ejército español y altos empleados civiles casi desnudos, lleno el cuerpo de heridas producidas por sus verdugos, caer extenuados después de quince horas de ímprobo trabajo, que les obligaban á realizar los soldados indígenas armados de látigos.

Por haber sabido un cabecilla rebelde que intentaban evadirse cuatro de estos desdichados, entre ellos una mujer, les sentenció á muerte; pero ¡qué muerte!.... El más anciano, un capitán de aspecto venerable, pidió al cabecilla que perdonase la vida de su hija, joven de 20 años que les acompañaba.

El jefe tagalo, indignado por la petición de indulto, hizo atar al capitán á un poste y entregó la joven completamente desnuda á la soldadesca. Ante el pobre padre fué la joven objeto de las más incógnitas violencias, hasta que un tagalo, menos cruel que sus compañeros, la decapitó de un golpe de bolo. El infeliz capitán y los otros dos prisioneros fueron quemados á fuego lento.

A tres frailes, cerca de Cavite viejo, después de mutilarles los pies y las manos, los ataron á la cola de unos caballos hasta que quedaron descuartizados.

El empalamiento se ha generalizado entre aquellas fieras. Veinte familias fueron víctimas de este aterrador suplicio.

Cinco mil españoles sufren horrores que nunca soñaron los verdugos de Nerón. Están hacinados en las iglesias y en algunas casas, mujeres, niños, hombres, ancianos, enfermos, moribundos y hasta cadáveres permanecen allí en confuso montón.

Se les da de comer una vez al día, por cada diez personas una cacerola de arroz.

A los enfermos nadie los cuida y á los moribundos nadie los asiste. Se ha llegado al extremo de tardar quince días en recoger los cadáveres, de modo que los desgraciados prisioneros tienen que aspirar los miasmas de los cuerpos descompuestos de los que tienen la felicidad de morir, librándose así del cautiverio. Diariamente perecen de 30 á 50, pues se han desarrollado todo género de epidemias. La sarna produce estragos.

De vez en cuando penetran turbas sedientas de sangre en los encierros. La más refinada crueldad no puede imaginarse los desórdenes que entonces se realizan.»

Terminaba su carta el corresponsal inglés invocando «la nobleza de la Europa culta y civilizada, para poner coto á tanta infamia, ludibrio del mundo entero, ya que en América no hallaban eco estas quejas.»

No podíamos decir más nosotros, que tan de cerca nos afecta el suceso, ni pintarlo con colores más sombríos.

Una voz viril y desinteresada se levantaba en favor de la justicia y estas modernas sociedades europeas, que á toda hora tienen en los labios himnos á la libertad y á los derechos del hombre, consienten tamañas iniquidades á los que después de arrebatarlos nuestras colonias, para *pacificarlas* echan una mancha imborrable en su historia y ennegrecen el triunfo sobre nosotros obtenido, así fuera más brillante que las homéricas victorias de Alejandro, César ó Napoleón.

Es inconcebible tanta cobardía, y casi hay derecho á sospechar que los descendientes de aquellos que vencimos se gozan en nuestra ruina y parece quieren purguemos el que nuestros antepasados les sujetaran á su dominio, en las épocas que era temido el nombre español en todas las regiones y nuestros soldados, los más célebres del mundo, recorrían, según frase feliz de un poeta, «bajo frescas ramas de laurel las márgenes del Rin, las Dunas de Flandes, Nápoles, Francia, Lombardía, y después de pasmar al viejo mundo con el ruido de sus proezas, paseaban triunfantes los continentes de unas y otras Indias, clavaban la bandera de Castilla en aquellos bosques vírgenes, atravesaban circuidos de gloria, aquellos insondables ríos, y arrollando cuantos obstáculos, hallaban á su paso, levantaban sus tiendas de campaña bajo el sol de Tolima y Cotopaxí y fijaban el estandarte hispano en los tronos de Moctezuma y Atáhuropa.»

Injusto sería tal deseo de venganza, pues si imponíamos la soberanía de España, no llevaba esto consigo el pillaje y la destrucción, ni jamás se manchó nuestro triunfo ensañándonos con el vencido. Buena prueba de ello es lo poco que siempre hemos aprovechado materialmente nuestras victorias, y la misma insurrección de las colonias lo acredita, pues de haber destruído á los indígenas que conquistábamos, como lo serán por sus nuevos dueños, en vez de darles derechos y libertades, para *asociarse* contra el gobierno de la metrópoli, no lamentaríamos hoy su inícuo rebeldía.

Las naciones se han limitado á tributarnos platónicas simpatías, no obstante que en parte son cómplices de los desafueros cometidos por los americanos; que al fin los grandes crímenes cometidos por las colectividades poderosas parece como que arrojan una mancha sobre la sociedad que indiferentemente los tolera. Esto haría temer hubiera desaparecido toda noción de nobleza é hidalguía entre los hombres, si no se escucharan voces más ó menos aisladas, que como la del corresponsal inglés elogian á los vencidos y no enmudecen de *miedo* ante los vencedores.

El distinguido marino francés Mr. Dubosc, ha escrito las siguientes sentidas frases en honor de España. «Ante ese patriotismo que lucha casi sin esperanza, para conservar intacta la grandeza del nombre; para conservar imperecedero el prestigio de la raza; para dejar el heroísmo á los hijos escrito con la sangre de sus padres, las naciones, las generaciones no pueden hacer más que inclinarse..... ¡Honor á los muertos!.... ¡Honor á los que quieren morir!.... ¡*Stia viator heroës caeas!*..... Caminante, detente: pisas las cenizas de los héroes.»

«Los cadáveres que no se haya tragado el océano tendrán tumbas ante las que se arrodillará la humanidad eternecida. La derrota así soportada es tan noble, más noble que la victoria. A la arrogante apoteosis de la fuerza triunfante responde el grito de agonía de los soldados caídos por una patria vencida y cuya bandera es el sudario..... ¡Bien por los valientes! Brindémosles, pues, el homenaje que han buscado y que tienen bien merecido. Han entrado en la epopeya y son grandes; España debe mostrarse orgullosa de sus hijos, éstos tendrán el alma de su madre, y la madre de tales hijos, ataviada de luto, es digna de los respetos del mundo.

Jules Claretie, el gran literato francés, estampó en *El Journal* las siguientes palabras anatematizando la inhumana manera de obligarnos los yankees á la evacuación. «El mar arroja a la pobre España sus soldados como después de una tempestad arroja á la orilla los restos del naufragio. Pero estos repatriados que llevan alta la frente y el corazón sereno, son siempre bravos, saben morir, como sabrían seguir combatiendo..... Acabo de verlos en los lechos del hospital. Una simple mirada llena el corazón de piedad. Terrosos, amarillos, moribundos, sin hablar palabra, los repatriados que han venido á demandar un asilo, quizás una sepultura á su patria, yacen allí extendidos contemplándose con sus grandes ojos negros, muy tristes, pero no asombrados ni doloridos, antes bien indiferentes ó resignados.»

«Hay allí cuerpos humanos que tienen el aspecto de cadáveres, miembros que parecen los de un esqueleto. Un enfermero fricciona á uno de ellos, de una delgadez siniestra, con las piernas fuera de la cama, cuyas rodillas parecen cráneos de niño, y mientras el enfermero frotaba estas rodillas, cuyos huesos aguje-

rean la piel, el enfermo se lleva á la cabeza una mano casi descarnada para acomodarse una venda que oculta el agujero de una bala. Estos son los degraciados que los americanos han hecho embarcar apresuradamente, diciéndoles: «¡Eva-cuad!».....

Que amarga protesta hay en esta sola frase. Otras muchas, igualmente cariñosas, han resonado en la nación vecina.

Un oficial ruso, hablando de los prisioneros de Filipinas, dice: «Apenas ver á tantos infelices que á inmensa distancia de la madre patria, bajo un cielo que ya no es el suyo y sin ver ondear la bandera que juraron defender, sufren todas las torturas del alejamiento y de las enfermedades, y apenas si acarician el postrer consuelo de arribar á sus hogares para morir en los brazos de seres queridos, impotentes, hasta ahora, para salvarlos.»

En la *Gaceta de Alemania*, de esa nación caballeresca donde palpitan simpatías cada día más visibles hacia nuestra España, se dice hablando de la pasada guerra: «El soldado español se ha batido con heroísmo superior á todo elogio; ha resistido una clase de lucha que agota todas las energías. Reanimábase al batirse, buscaba con afán al enemigo que se le *ocultaba*, y creciéndose en los peligros ha sabido hacer verdaderas maravillas. Las balas y los machetes cubanos y yankees han causado pocas bajas, el vómito, el paludismo y la disentería han hecho estragos.»

Otro periódico alemán afirma que: «El soldado español es el *único* de Europa que ha luchado tenazmente por defender sus colonias, lejos de su hogar, sin elementos, demostrando su empuje, su ardimiento y sus bríos, sin otra aspiración que ser fiel á su bandera.»

Historiando el desastre de la escuadra en Santiago de Cuba expresa un periódico austriaco el siguiente concepto: «Muchos marinos de la escuadra española se salvaron á nado y marcharon á las trincheras pidiendo un puesto para pelear. En oficiales y soldados sólo había un deseo, conservar el inmenso imperio colonial heredado de sus mayores, ó morir.»

Otros muchos testimonios de admiración han aparecido en los periódicos franceses y alemanes, en muchos austriacos, rusos y de las demás naciones. Convinieron todos en la hidalguía con que hemos peleado dejando el honor á salvo, pues nos ha vencido la riqueza que hoy todo lo puede. Reconocen que por la intrepidez en sacrificarnos á una causa noble, justa y desinteresada, dejamos á la posteridad un alto ejemplo que imitar.

Y este soldado, al que rinden respetuoso tributo tan diversas personalidades, es el que sufre duro cautiverio entre las huestes del dictador Aguinaldo, por causas que sólo Dios sabe cuando se desentrañarán.

En las postrimerías de este siglo tan adelantado, á despecho de la esplendorosa civilización, surgen nuevas legiones de bárbaros que muestran iguales rudezas y más feroces instintos, que aquellos cuyo paso por la historia se marca con huella sangrienta y vergonzosa.

En los conciliabulos del mal parece que se ha decretado guerra de exterminio contra esta España legendaria, y como en las épocas del mayor atraso resuena el grito cobarde y pagano de *¡Vae victis!*..... ¡Ay de los vencidos!.....

Los egoístas, los modernos bárbaros son muchos, forman secretos contubernios y se extienden como mancha de aceite por la superficie del planeta los

que se dan cuenta del peligro son pocos por ahora; pero la audacia, el despotismo y la fuerza no pueden prevalecer siempre sobre la razón y la justicia. Las muchedumbres sanas de las naciones al fin despertarán.

Levantemos el espíritu, no nos abandonemos á la desesperación, ni caigamos en el enervante pesimismo. Ante todo trabajemos sin descanso por salvar á nuestros hermanos presos en Filipinas, y ojalá algunos pusieran en esta empresa la mitad siquiera del empeño conque agitan y caldean la opinión en favor de *otros presos*, que por muy desgraciados que se les considere, no cabe ni compararlos con las víctimas del dictador tagalo.

Después á mejorar que harta labor tenemos. Demostremos nuestra virilidad, y que España no se *hund*e aunque le hayan sido arrebatadas sus colonias.

Dentro de poco habrá desaparecido todo lo español de la *superficie* de aquellos territorios que descubrimos y civilizamos, pero en sus entrañas no habrá un solo palmo que no contenga las cenizas de algún héroe, que á despecho de los invasores serán testigos mudos de la deslealtad y la perfidia más grandes, que registran los siglos.

A la vuelta de algunos años se querrá alejar de nuestra mente el recuerdo del pasado como se desechan las téticas visiones de una pesadilla, bajo el pretexto de la confraternidad humana, del perdón de las ofensas, de las exigencias internacionales..... aunque en realidad sea por las impurezas de la materia y las groseras necesidades del mercantilismo.

Qué frío es el comercio con sus productivos negocios, y la riqueza con sus placenteros egoísmos; y aunque los grandes capitales tienen á veces nobles arranques, piensan con patriotismo y lo supeditan todo á la gloria de su nación, de ordinario son cobardes, medrosos y sacrifican á su tranquilidad todos los idealismos. En el primer caso cualquier homenaje es mezquino; en el segundo, viene sin querer á la memoria la terrible y punzante frase que se atribuye á Donoso Cortés: «Para comprender lo que Dios estima el dinero, no hay sino ver á quien se lo dá.»

Entablaremos relaciones comerciales con los Estados Unidos, iremos á pedirles sus manufacturas, volveremos á *disfrutar* de su amistad, estrecharemos su mano, y aun quizás resuenen de nuevo en España los elogios hacia los adelantos y las *instituciones* de la gran República.

También visitaremos las Antillas, arribaremos á sus playas, nó con el respeto del que penetra en el *cementerio* donde reposan sus mayores, pues ni aun sabremos donde están las humildes tumbas de nuestros soldados, sino con la indiferencia con que pisamos las ruinas entre cuyo polvo se mezclan las cenizas de generaciones á las que nada nos liga.

De Cuba vendrán los espléndidos productos de sus lozanas vegas, comeremos el sabroso plátano y la rica piña, saborearemos el dulce nectar de su caña, sin pensar que la sangre del soldado español, que el fosfato de sus huesos ha servido de abono á aquellas tierras, y de savia nutritiva á las raíces de sus frondosos árboles, y de sus exuberantes plantas. Casi deberíamos sentir horror y asco al llevar á nuestros labios estas frutas jugosas y exquisitas; repugnancia nos debería producir el contacto con los que fueron origen de tanto desastre, ó lo han consumado friamente.

Será una locura; una quimera.....; un *quijotismo*..... pero, qué triste amargor

tiene el olvido..... allá en sus fríos sepulcros, millares de hermanos nuestros se estremecerán, como si fueran objeto de terrible profanación.

El tiempo todo lo borra..... así será; pero olvidemos sólo lo que olvidarse debe. Recordemos á nuestros mártires para rezar por ellos, á los prisioneros hasta obtener su salvación, y los errores que á situación tan lamentable nos han traído para buscar el remedio, pues si bien momentos hay en que parece no tratamos de corregirnos esto tiene que ser transitorio.

Dios no puede consentir que España sucumba ni siquiera que se envilezca. Muchos héroes se han immortalizado por su causa; muchas víctimas se han inmolado á su gloria, y ha de confortarnos aquella célebre sentencia, no por repetida gastada.

«Las causas por las cuales se muere no mueren nunca.»

10 Julio, 1899.

EDUARDO DE OLIVER COPONS.
Comandante de Artillería.

DETALLES DE ORGANIZACION MILITAR

Vivimos todos los españoles tan fuera de lo real, que rechazamos los principios más elementales que han informado en todas las épocas la vida de la humanidad. Con motivo de los amargos trances porque hemos pasado, se han repetido las palabras razón, derecho, justicia, civilización etc... en todos los tonos de nuestro meridional lirismo. El *va victis* de Breno al echar su espada, símbolo de la fuerza, en la balanza, es una frase que, en una ú otra forma, repetirán los victoriosos mientras existan hombres sobre la tierra. Y no es lo peor ser derrotado con todas sus tristes consecuencias, sino que el vencedor, para rendir un hipócrita homenaje á la justicia, calumnia al vencido, cosa no de ahora sino de siempre: los griegos cohonestaron el incendio de Troya con una fábula que les favorecía; los romanos adujeron como motivo para destruir Cartago la mala fe púnica, y ellos después violaron tratados cuando les convino: la filantropía ha sido el pretexto en que se ha fundado nuestro reciente despojo, y ya se está viendo la caridad que practican nuestros vencedores con sus protegidos. Brevemente dicho: el pueblo que no se apreste á defenderse con todas las energías que le sugiera su amor patrio, está llamado á desaparecer como nación, y además á ser vilipendiado por la Historia que siempre será escrita por la raza dominante, la que, como es natural, pintará al vencido con los más feos colores, reservando para sí, los más simpáticos y agradables.

Nuestra apatía saca partido de la leyenda de la Independencia para no preocuparse de la defensa nacional, sin tener en cuenta que la guerra se hace hoy de muy distinto modo que á principios de siglo. Algo hay que dejar al azar, pero se debe procurar que sea lo menos posible, pues las victorias casuales, en general, no han producido grandes resultados prácticos: la inspiración del momento, será un dislate sino está basada en un perfecto conocimiento de los asuntos militares; el genio aparece cuando Dios quiere, no cuando los hombres lo necesitan, de modo que no se debe contar con esta medida salvadora. En resumen: para que el ejército responda cumplidamente á sus fines, es preciso trabajar con

gran tenacidad, cada cual en su esfera y en las proporciones que sus fuerzas le permitan.

Las tradiciones deben merecernos gran respeto, pero se deben relegar á la Historia las que no encajen en el modo de ser actual de la sociedad, y no pretendamos tampoco que nuestros usos y leyes sean perdurables: tal cosa implicaría estancamiento, síntoma de muerte.

La organización de la milicia, como la de otros mecanismos del Estado, puede ser discutida cuando así convenga á los intereses de la nación: los argumentos infundados no costará trabajo rebatirlos, y los juiciosos son avisos saludables que se deben agradecer. No hay que decir que de tales discusiones se suponen excluidos los insultos y las cuestiones personales, siendo bien sensible que en el elemento civil no abunden las personas que tratan estos asuntos con verdadera competencia, lo que es causa de que al ocuparse de ellos incurran en lamentables errores, que motivan sistemática prevención en los militares hacia todo lo que viene de fuera.

En los complejos asuntos que se van á tratar se incurrirá, sin duda, en grandes *lapsus*; perdonense en gracia á la buena intención que ha inspirado estos apuntes, cuyo único objeto es llamar la atención sobre problemas vitales para el ejército y por lo tanto para nuestra querida y desdichada patria.

Con el fin de seguir un método progresivo, se tomará como punto de partida la primera edad del hombre y se continuará en escala ascendente.

Infancia y adolescencia. Desde que el púrvulo tiene uso de razón debería empezar su educación militar. No parece que sean de resultado práctico los batallones escolares, pero sí sería de gran utilidad hacer efectiva la instrucción primaria obligatoria, inculcando á los niños, á la par que los rudimentos del saber, los sublimes principios de la religión cristiana y el santo amor á toda España, porque las tendencias regionalistas son funestas. Si los maestros de escuela no están á la altura de su misión, reforme el Estado su carrera; pero no consienta que vivan en la indigencia ni que sean objeto de ludibrio, porque eso es bochornoso y perjudicial para el país.

Edad de ingreso en el servicio. Sería preferible aplazarla hasta los veintidos años, pues aparte de que el organismo humano se ha consolidado á esta edad, habría también una ventaja muy atendible, y es que, necesitándose en el ejército toda clase de profesiones, algunas difíciles como son las de telegrafistas, ajustadores, maquinistas, herradores, etc., resulta que á los veinte años los individuos son medianos aprendices nada más, y á los veintidos, en general, dominarían sus respectivos oficios. Hay otra razón de orden social y es que, fijando esa edad de ingreso en el servicio, se retrasaría el matrimonio de un gran número de hombres, lo que sería una ventaja para la raza pues el casamiento antes de los veinticinco años debilita al individuo, resultando hijos poco vigorosos, en general.

Rétrasando en cuatro reemplazos consecutivos la saca de quintos, seis meses en cada uno con relación al anterior, y aumentando progresivamente la edad de ingreso en el servicio en ese mismo tiempo, sin trastorno ninguno se podría pasar desde la actual edad de ingreso en el servicio á la que se propone.

No habría inconveniente en que se inscribieran los mozos desde los diez y

ocho años, figurando en la segunda reserva para guarnecer poblaciones en el caso de un levantamiento en masa.

Saca de quintos. Ya se sabe cómo se verifica esta operación en la actualidad, y sería de desear que se modificara, por razones de todos conocidas y que no se detallan por no alargar este escrito.

Podría efectuarse sorteando públicamente: primero, los reclutas de cada oficio entre los cuerpos que los necesitasen; y después, el resto, para completar los cupos de las distintas unidades.

Este procedimiento no estaría exento de inconvenientes, pero ofrecería la ventaja de realzar el nivel moral de los conscriptos, que no se verían escogidos como irracionales, y además se evitarían muchas molestias innecesarias á los jefes y oficiales que intervienen en esta operación.

Respecto á los cuerpos que imprescindiblemente necesitan buenas tallas, se les podrían designar zonas montañosas, en que abundan estaturas elevadas, y así tendrían bastantes probabilidades de que les tocasen buenos mozos.

Es en nuestro país inadmisibile formar ejércitos regionales, pero sí se podría hacer que cada cuerpo de ejército nutriera sus cuadros con mozos de regiones limítrofes, y cuando para nivelar las fuerzas hubiera que trasladar individuos de un extremo á otro de la Península, podría efectuarse esta operación destinándolos á un cuerpo de ejército contiguo, y otros de éste al siguiente, lo que produciría un poco más de trabajo, pero sería ventajoso para las concentraciones anuales de que después se hablará y para la organización de reservas.

Como detalle final, se indicará que convendría que los reclutas presentaran los documentos justificativos que se estimasen oportunos para acreditar las profesiones respectivas, pues es frecuente que digan lo que más les conviene, y figuran en las filiaciones con oficios que no tienen.

Instrucción de los reclutas. Quizá fuera conveniente, para facilitar ésta, intercalar en los pelotones de quintos todos los soldados instruídos francos de servicio, y que tomasen parte en ella todos los oficiales y clases disponibles, á quienes diariamente se indicaría lo que debían enseñar.

La uniformidad en los movimientos si no es excesiva no perjudica; es un modo material de hacer comprender la unánime obediencia que debe sentirse hacia el que manda y la diligente armonía en el cumplimiento de sus órdenes.

No extremándolas mucho, la esgrima dedel fusil y del sable también convienen para dar soltura y agilidad al soldado.

El tiro al blanco es lo más importante; á él debería consagrarse la atención más esmerada, y, como final de esta instrucción, podría celebrarse un certamen con premios progresivos para los mejores tiradores de cada sección, compañía y batallón, que les serían entregados con cierta solemnidad.

Permanencia en filas. Muy conveniente sería que los soldados estuviesen sin interrupción tres años sobre las armas; pero como el erario no podría soportar esta carga unida á la que ocasionaría el aumento de efectivo en época de grandes maniobras, que son indispensables, quizá conviniera seguir el procedimiento siguiente:

(Continuará.)

JUAN LUENGO
Capitán de Ingenieros.